HARLEQUIN®

Deseo®



Madre de alquiler

Emily McKay

Deseo®

Madre de alquiler

Emily McKay

HARLEQUIN®

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2006 Emily McKaskle. Todos los derechos reservados.
MADRE DE ALQUILER, Nº 1454 - 17.5.06
Título original: Surrogate and Wife
Publicada originalmente por Silhouette® Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8131-9
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo Uno

–Estamos embarazados.

Kate Bennet intentó no levantar los ojos al cielo ante la absurdez del comentario de su hermana.

–¿No me digas?

Como madre de alquiler para su hermana, Beth, y su cuñado, Stewart, Kate sabía mejor que nadie que estaban «embarazados». Su mano se deslizó hasta su abdomen, donde el niño empezaba ya a notarse. Pero en ese preciso instante se le revolvió el estómago, haciendo que maldijera el primer trimestre de embarazo.

Beth tomó su mano cuando iba a tomar la taza de poleo.

–¿Qué?

–Que estamos embarazados, Stewart y yo.

Kate dejó la taza.

–¿Stewart y tú?

–Sí.

–¿Embarazados?

Beth asintió, con su sonrisa beatíficamente maternal, sus ojos brillantes de felicidad.

El estómago de Kate volvió a dar un salto, pero intentó contener las náuseas.

–¿Vais a tener un hijo? ¿Además del que yo voy a tener para vosotros?

–Sí.

Kate saltó de la silla y corrió al cuarto de baño. Apenas le dio tiempo a inclinarse sobre el inodoro para vomitar el desayuno.

Estuvo de rodillas en el suelo del baño largo rato, con los ojos cerrados, angustiada y atónita. Sólo la voz de Beth al otro lado de la puerta la sacó de su estupor.

–Kate, ¿estás bien?

¿Que si estaba bien? Bueno, sentía como si el mundo estuviera girando en dirección contraria... junto con su estómago. Por lo demás, estaba estupenda. Después de lavarse la cara y las manos en el lavabo, abrió la puerta y se quedó mirando a su hermana.

–¿Cómo es posible?

Beth la tomó del brazo.

–Ven a la cocina. Voy a hacerte otro té.

Kate se dejó llevar hasta la silla y observó a su hermana dando vueltas por la sencilla y hogareña cocina.

–Nosotros nos quedamos tan sorprendidos como tú.

–Pero Stewart y tú no podéis tener niños. Es imposible, ¿no?

–Era muy improbable, pero no imposible.

De hecho, tenían tan pocas posibilidades de concebir que el médico había recomendado no usar el esperma de Stewart para inseminar a Kate y usaron el de un amigo de Stewart, Jake.

–¿No habías dicho que sólo había un 0,2% de posibilidades de que quedaras embarazada?

–Y así es. Pero hemos tenido una suerte inmensa –suspiró Beth, poniendo una taza sobre la mesa–. ¿Poleo o té?

–¿Cómo puedes estar tan tranquila? –exclamó Kate, al borde la histeria.

–Supongo que porque he tenido más tiempo para acostumbrarme a la idea...

–¿Desde cuándo lo sabes?

–Desde hace una semana. Llevaba algún tiempo sospechándolo, pero no me atrevía a confiar en que hubiera habido un milagro. Como mis períodos siempre han sido tan irregulares y después de tantos años intentándolo... en fin, que no quería hacerme ilusiones aunque no me hubiera venido el período.

–¿En cuánto tiempo?

–Cuatro meses.

–¿Cuatro meses? ¿De cuánto estás?

–De dieciocho semanas.

–¿Dieciocho semanas? Yo estoy sólo de tres meses –exclamó Kate–. O sea, que los síntomas que tenías, esos que creíamos que eran por simpatía... eran reales.

Beth sonrió tímidamente.

–Es verdad, no había pensado en eso, qué tonta. Mira, sé que esto lo complica todo, pero Stewart y yo siempre hemos querido ser padres...

–Y seguís queriendo este niño, ¿no?

–Stewart y yo lo hemos hablado y hemos decidido que ésa es una decisión que debéis tomar Jake y tú.

–¿Jake y yo? ¿Qué quieres decir?

–Técnicamente, el niño es vuestro...

–¡No, de eso nada! –la interrumpió Kate. Sí, bueno, técnicamente el niño era suyo y de Jake, pero ella no había querido ser madre–. Este niño es tuyo. Tuyo y de Stewart. Ése era el acuerdo.

Luego se levantó y empezó a pasear por la cocina, mirando a su hermana con incredulidad. En aquellas circunstancias, Beth no parecía tan trastornada como debería.

–Sí, ya sé que ése era el acuerdo. Pero las cosas han cambiado.

–No puedes negarte a hacerte cargo de este niño. No te lo permitiré –replicó Kate, fulminando a su hermana con la mirada. Al menos, intentó fulminarla con la mirada, pero otra ola de náuseas la obligó a agarrarse a la encimera, arruinando el efecto.

Beth corrió a su lado.

–Siéntate, cariño. No deberías ponerte así. No puede ser bueno para el niño.

–¿Tú sabes lo que no es bueno para el niño? Esta conversación –le espetó Kate.

–Naturalmente, Stewart y yo nos haremos cargo del niño si decides que no lo quieres. Pero queremos que, al menos, te lo pienses. Es tu hijo biológico y quieras admitirlo o no, ya has establecido una conexión con él.

Kate se quedó sin palabras. ¿De qué estaba hablando su hermana? ¿No entendía que la única forma de hacer aquello era no tener conexión alguna con el bebé?

–Yo no...

–Sé que la tienes –la interrumpió Beth–. Así que no tiene sentido discutir. Lo importante es que ahora estamos esperando dos niños. A Stewart y a mí nos encantaría quedarnos con los dos, pero si Jake y tú...

–¿Qué tiene que ver Jake con esto?

Beth suspiró, exasperada.

–El niño que llevas ahí dentro también es suyo. Si alguno de los dos decide quedárselo, Stewart y yo estamos dispuestos a aceptar.

Aturdida por la absurdez de la situación, Kate enterró la cara entre las manos para controlar un ataque de risa histérica.

–¿Si alguno de los decide quedarse con el niño? Te das cuenta de lo ridículo que es eso, ¿no?

Pero Beth, que la miraba con el ceño fruncido, no parecía darse cuenta de nada.

–¿Por qué?

–Yo tengo el instinto maternal de una grapadora. Lo único más absurdo que esperar que yo quiera al niño es esperar que lo quiera Jake Morgan.

–Jake no es tan malo.

–Puede que sea un buen tipo, pero estamos hablando de un hombre que se mete en edificios en llamas cuando todos los demás salen corriendo.

–En realidad, ahora es investigador, o sea que ya no entra en edificios en llamas. Ahora entra cuando sólo quedan los rescoldos.

–Muy bien, cuando quedan los rescoldos. Da igual.

–Bueno, al menos su hijo no jugará con cerillas –dijo Beth, intentando animarla.

Kate señaló a su hermana con el dedo.

–Puedes reírte ahora, pero esos son los genes que heredará tu hijo.

Beth soltó una risita.

–No me preocupan los genes de Jake. Es guapo, encantador, listo y...

–Exactamente. Es una de esas personas que cree que puede hacer lo que le dé la gana sólo porque es guapo, encantador y listo.

–¿Por qué eres tan dura con él? Tú no sueles juzgar a la gente.

–Soy juez, Beth. Mi trabajo consiste en juzgar a la gente. Además, sé que tengo razón. Con las

familias rotas y los malos padres que veo en el Juzgado todos los días, mi trabajo consiste en separar el grano de la paja. Y te aseguro que ni Jake Morgan ni yo queremos tener este niño.

–Piénsatelo. A lo mejor cambias de opinión.

–Sí. Y también podría convertirme en un cerdo con alas. No es imposible, pero yo diría que es altamente improbable.

A pesar de su determinación de olvidar el asunto, Kate seguía pensando en la conversación con su hermana al día siguiente, mientras intentaba terminar un informe. Eran más de las seis y casi todo el mundo había salido del Juzgado, pero ni siquiera el silencio le permitía concentrarse.

¿Cómo no iba a pensar la oferta de Beth de quedarse con el niño? Kate se llevó una mano al abdomen, pensativa.

Su hijo.

Se le hizo un nudo en la garganta y, por una vez, no intentó contener esa emoción. ¿Qué pasaría si se quedaba con el niño?

Inexplicablemente, no le parecía tan horrible. Era como si quedarse con su hijo hubiera sido lo que, inconsciente, deseaba hacer, aunque la lógica le decía que eso sería una irresponsabilidad.

Pero amaba a aquel bebé que crecía dentro de ella. Aunque aún no sabían si era niño o

niña, el instinto le decía que iba a ser una niña. Y había seguido a pies juntillas los consejos de su ginecólogo para asegurarse de que nacía sana. Sí, aquella iba a ser la niña más sana del mundo. Y, si estaba en sus manos, tendría siempre lo mejor.

Eso incluía los mejores padres. Kate sabía, sin la menor duda, que Beth sería mucho mejor madre que ella. Algunas mujeres, como su hermana, estaban más capacitadas para ser madres que otras. Y estaba segura de que ella era de las segundas.

De repente, enfadada consigo misma por darle tantas vueltas al asunto, guardó los papeles en el maletín y salió del despacho. Pero el rápido paseo hasta el aparcamiento no alivió su irritación.

Y cuando se encontró con Jake apoyado en su Volvo, la irritación se convirtió en enfado.

No sabía qué era, pero había algo en Jake Morgan que la sacaba de quicio. No era sólo la seguridad en sí mismo, un rasgo del que había aprendido a desconfiar mucho tiempo atrás. Quizá era su mirada sensual, que parecía desnudar a una mujer y hacerle el amor al mismo tiempo, quizá la testosterona que parecía emanar por todos sus poros.

Era demasiado todo. Demasiado masculino, demasiado encantador, demasiado guapo. Y demasiado engreído.

–¿Qué haces aquí?

Jake llevaba unos vaqueros gastados que se ajustaban a sus prietos muslos. Su única defensa contra el inusual frío de aquel día de mayo, una camisa de franela sobre una camiseta.

Muy típico. Probablemente, pensaba que era demasiado hombre como para ponerse una chaqueta. O a lo mejor sabía lo guapo que estaba con esa camisa de leñador y no quería estropear el efecto.

–He venido a verte.

–Ya me lo imaginaba. ¿Siempre esperas a las mujeres medio escondido en un aparcamiento? Cualquiera podría pensar que eres un acosador.

Jake sonrió, irónico.

–Tú siempre fingiendo que no tienes sentido del humor.

–No me gusta bromear sobre estas cosas.

–No, claro que no –dijo él, poniéndose serio–. Es que cuando llegué ya habían cerrado el Juzgado.

–El guardia suele irse a las cinco y media.

–Ya me lo imaginaba. Pero esta es mi única tarde libre en toda la semana y tenemos que hablar.

–¿Por qué?

–No me mires con esa cara. Sólo quiero hablar de la situación.

–Pues habla.

–¿Quieres que hablemos en el aparcamiento? Aquí cerca hay un restaurante. Además, hace frío.

La idea de compartir una cena con Jake hizo que Kate sintiera un escalofrío de aprensión. Georgetown, en otros tiempos una tranquila ciudad universitaria, se había convertido, como muchos otros lugares de Texas, en una capital abarrotada de gente. La histórica plaza, situada frente a los Juzgados, con sus tiendecitas y restaurantes típicos, era una de las zonas que la distinguía de la menos elegante y mucho más grande ciudad de Austin.

Además, no quería cenar con Jake. Demasiado íntimo, demasiado parecido a una cita.

–Pues deberías haberte puesto una chaqueta.

–Me refería a ti. Estás temblando.

Sí, desde que se quedó embarazada siempre tenía frío. Pero eso era algo que no pensaba contarle. Hablar de los síntomas del embarazo era más intimo que cenar juntos.

De repente, Kate se dio cuenta de lo íntima que era su relación, le gustase o no. El lazo que compartían era más profundo que el lazo sexual que solía acompañar a la intimidad. Habían creado una vida juntos.

Una parte de Jake estaba creciendo dentro de ella.

Esa idea la puso de los nervios. No quería cenar con él, no quería hablar con él siquiera, pero probablemente había cosas de las que debían hablar.

–Muy bien, cenemos juntos entonces.

Quince minutos después se encontró sentada frente a Jake Morgan en un restaurante de la plaza, con una taza de té frente a ella, esperando un plato de enchiladas.

Mientras tomaba el té estudiaba a su acompañante, que tenía una mano apoyada en el respaldo del sofá. En esa postura, sus hombros parecían ocupar todo el espacio.

Jake era diferente de los demás hombres que conocía. Hombres con trajes de chaqueta hechos a medida para que sus hombros parecieran más anchos de lo que eran en realidad. Kate miró sus manos, grandes, casi musculosas, de dedos largos y uñas cortas. Eran unas manos muy masculinas. Duras, casi.

¿Se había fijado alguna vez en las manos de otro hombre? No, seguramente no. Había algo muy personal en mirar las manos de Jake, algo que la hacía sentir un cosquilleo.

–Bueno, vamos a ser sinceros, sé que te no te gusto –dijo él entonces.

–No te conozco lo suficiente como para decidir si me gustas o no.

–Bueno, no te caigo demasiado bien.

No podía discutir eso porque era verdad. Sólo se habían visto en un par de ocasiones y nunca había podido relajarse cuando Jake estaba presente. No le caía exactamente mal, pero no sabía dónde colocarlo. Y eso la ponía muy nerviosa. Además, si era sincera consigo misma,